

## EL SERENÍSIMO PRÍNCIPE LUDOVICO MANIN CONTEMPLA EL APOGEO DE LA PRIMAVERA

Tierra adentro, o allí donde se crisan  
masteleros y jarcias, algo altera,  
algo renueva o mata el armonioso curso  
de los astros. Así fuera, Durazzo,  
el rutilante ondear de púrpuras y sedas en la Dogana,  
el tintineo de los cálices, las esclavas  
y los leopardos jóvenes encadenados  
junto a los cestos rebosantes de fruta.

Un fanal

alancea insomne el tibio sudario inamovible,  
el mascarón copia en el agua la sempiterna mueca  
de su ferocidad jamás extinta. Escarlata y armiño,  
nada se estremece, nada tiembla al latir de los remos,  
nada turba el rítmico martilleo del marfil, la caoba y el sándalo, ni estorba  
la desvaída estela, las trompetas doradas que en la popa pregonan,  
reposan flácidos los flecos del quitasol, fruta madura  
sazonada entre polvo y esplendorosos sueños de victoria,  
de matanzas, de esclavos azotados, naves hacia Dalmacia, pero haced, Tesalónica,  
viejos mármoles ultrajados por el monótono ronroneo del agua,  
haced que clamen otra vez las trompetas de bronce.

Pero nadie

dude hoy que el antiguo esplendor y la felicidad consisten  
en ungirse con los ricos despojos de sueños y cadáveres,  
asistir, esarlata y armiño, en el altísimo sitial donde nada se siente,  
calor ni frío, sino una imperturbable beatitud, al tibio  
rielar de polícromos fanales en el agua insomne.

Guillermo Carnero  
*Dibujo de la muerte*

Málaga: Librería Anticuaria El Guadalhorce, 1967; p. 47